

¿Cuál es la novedad, entonces, que hace de *Tres ensayos...* un texto bisagra para la teoría freudiana? ¿Qué es específicamente lo revolucionario en él, lo que lo hace, al menos hasta determinada época de su obra, insustituible? Una nueva concepción de la sexualidad, se responderá rápidamente. De acuerdo, pero ¿en qué consiste esta nueva concepción?

I

En la introducción al primer ensayo —que constituye, en rigor, una introducción para los tres— se plantea una oposición entre lo que la “opinión popular” considera sexual, y lo que postula “la ciencia” —que aquí Freud hace coincidir con su posición—. “La opinión popular tiene representaciones bien precisas acerca de la naturaleza y las propiedades de esta pulsión sexual. Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual” (FREUD 1905, 123). Freud —“la ciencia”— viene a plantear que la sexualidad no es *sólo* eso, y tratará de demostrarlo.

En *Tres ensayos...*, entonces, comienza a construirse —esta sería una primera respuesta a la pregunta planteada más arriba— una nueva concepción de la sexualidad a partir de la redefinición del término común *Trieb*, que se convertirá en uno de los conceptos fundamentales para el psicoanálisis.

Pero uno se apresuraría si considerara entonces que esta primera oposición planteada por Freud se reduce a aquella tan mentada entre un supuesto *instinto* (equiparado a las representaciones de la opinión popular) y la *pulsión*. El peligro de esta fácil oposición es, si se quiere, metodológico. En la medida en que puede aceptarse rápidamente que en el hombre no puede hablarse de instinto, la oposición queda planteada entre algo “erróneo” y algo “verdadero”, con lo que uno de sus términos queda excluido. Así, Freud traería luz sobre un tema en el que, hasta 1905, habrían estado todos equivocados.

Pero *Tres ensayos...* no es la verdad revelada a una opinión popular ignoranteⁱ sino un texto que plantea cierta dimensión de *conflicto* en relación a la sexualidad. Freud defendió siempre la noción de conflicto y, si reducimos la oposición de *Tres ensayos...* al error del instinto frente al acierto de la pulsión, el psicoanálisis sólo reemplazaría un saber por otro.

¿En qué consiste entonces —insistimos— la novedad de *Tres ensayos*?

II

En el primero de los ensayos, partiendo de la oposición mencionada más arriba, se describe lo que, en términos de esa misma opinión popular, constituirían “aberraciones” (*Abirrungen*), “desviaciones” (*Abweichungen*), “trasgresiones” (*Überchreitungen*), o una “inversión” (*Inversion*) de la “norma supuesta”, de lo que sería legal para esa concepción. Así, cada una de las características supuestas a la sexualidad encontraría su aberración en los así llamados perversos: los cambios de *objeto* en relación al partenaire del otro sexo y los cambios de *meta* en relación a la unión genital predominan en las descripciones que Freud toma de los voluminosos tratados de Krafft-Ebbing, Moll, Havelock Ellis y otros.ⁱⁱ

Así, al comienzo de este ensayo aparece la discusión sobre la “inversión”, esto es, sobre cómo se puede tomar como objeto a aquél que, supuestamente, no atrae irrefrenablemente, según la “fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades —macho y

hembra— que aspiran a reunirse de nuevo en el amor” (FREUD 1905, 124). Luego, en relación a la meta, se describen numerosas “desviaciones” de la unión de los genitales: transgresiones anatómicas en relación a ellos, como el uso de la mucosa de los labios o del orificio anal con fines sexuales, y “demoras” en relación a la “meta sexual normal”, entre las que Freud sitúa la fijación en metas como el tocar, el mirar, el pegar, etc. Finalmente, terminadas las minuciosas descripciones, Freud se detiene en dos aspectos que lo llevan a su terreno: 1) estas prácticas sexuales aberrantes descritas son las mismas que él encuentra en sujetos no perversos —cuya vida sexual “oficial” puede ajustarse a los preceptos de la opinión popular— como trasfondo a los síntomas neuróticos (aquí aparece la afirmación de que “los síntomas son la práctica sexual de los enfermos”, frase plena de sugerencias); y 2) muchas de estas “transgresiones” pueden observarse en los niños como prácticas habituales: en el niño se encuentra el germen de todas las perversiones.

Este último punto conecta al primer ensayo con el segundo, que titula “La sexualidad infantil”.

III

La sexualidad infantil, término que Freud va definiendo en el segundo ensayo, comienza a constituirse en uno de los polos de una nueva versión de la oposición del primer ensayo. Se tratará aquí de “sexualidad adulta” versus “sexualidad infantil”. ¿Qué es esta sexualidad infantil? Freud construye el concepto a partir de ciertas características: la sexualidad infantil es *autoerótica*, esto es, no hay para ella objeto externo, no hay partenaire. Por otra parte, existe para ella una pluralidad de *zonas erógenas*, no reducidas a los genitales, en las que se consuma la meta. Y fundamentalmente está compuesta por *pulsiones parciales*: Esto implica, por una parte, que se trata de un objeto parcial (no es con el todo del objeto con lo que la pulsión se satisface, sino con un trozo, un fragmento, un pedazo). Por otra parte, que el cuerpo en juego es también parcial (no se trata de una “aspiración del yo”, sino de la satisfacción de una zona, independientemente de la satisfacción de otras, dirá en 1915). Y por último, que la satisfacción en juego es también parcial, paradójica, (véase FREUD 1905, 168) que no hay satisfacción total, reducción total de la tensión. Las “aberraciones” del ensayo anterior se pueden incluir, entonces, como componentes de la sexualidad infantil.

Evidentemente, cada una de estas características se contraponen con la definición de la “opinión popular”, definición que pasa entonces a ocupar el lugar de lo que aquí llama “sexualidad adulta”. La sexualidad infantil así entendida constituye “la génesis de la vida sexual llamada normal” (IBÍD, 156). Ya no es un fenómeno extraordinario, aberrante, sino universal.

IV

Ahora bien, la pulsión parcial, dice Freud, se ve confrontada a *diques (Dämme)*, a resistencias que inhiben el camino de la pulsión. Los diques son muros que contienen el desborde, que regulan el paso del agua, y Freud emplea esta metáfora para fenómenos precisos: asco, vergüenza, estética, moral (agregaríamos, con sus particularidades, el dolor, y el horror). Éstos cumplen la función de contener el empuje (*Dräng*) de la pulsión. Oposición, entonces, entre [el empuje de] la pulsión y sus diques.

“En el niño civilizado —dice Freud— se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye mucho. Pero en realidad este desarrollo es de *condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente*”. (IBÍD, 161, subrayado nuestro). Si no tomamos esto como una improbable vuelta de Freud a posiciones innatistas, y tomamos en cuenta la interpretación que puede hacerse en sus textos de lo “constitucional”, es esta una observación preciosa: no se trata de que los estos

diques sean algo agregado, externo a la pulsión (como la construcción de un dique es ajena al río en el que se asienta), sino que se trata de algo inherente a la pulsión misma: no hay, estrictamente hablando, pulsión sin dique (ni dique sin pulsión). No se puede entonces —aquí es claro— descartar uno de los términos de la oposición:ⁱⁱⁱ se trata de pensar el empuje en relación a su acotamiento, el avance de las aguas inseparable de lo que le pone un límite.

V

Una vez definida la sexualidad infantil como el punto de partida de la sexualidad humana, Freud aborda en el tercer ensayo el problema de la “metamorfosis de la pubertad”, con lo cual el supuesto de la opinión popular vuelve a ponerse sobre el tapete: en la pubertad se produce una “subordinación” a lo genital: aparece un objeto en el sentido de un partenaire (un objeto “total”), y una nueva meta. La nueva meta es definida, para el varón, como la “descarga de productos genésicos” (189) la eyaculación. Todo converge, aparentemente, en el logro de esa meta.

Pubertad, objeto, unión genital. ¿Freud dio ese rodeo por los tres ensayos para terminar convalidando al instinto?

Detengámonos en un punto: ¿cuál es la nueva meta, a partir de la pubertad, para la mujer? Freud no tiene una respuesta. Aquí es claro que ni la opinión popular ni él se refieren al instinto entendido como lo entiende la etología. Si se tratara de eso, ¿por qué la dificultad en definir la meta para la hembra? En realidad ambos piensan —aunque esto sólo sea conceptualizado por Freud en 1923— en términos fálicos. Es alrededor de la noción de falo que se organiza la vida pulsional a partir de la pubertad. (Más adelante Freud anticipará este período: no se trata de la pubertad, se trata de la trama edípica). El hallazgo de objeto —lo que más adelante va a llamar la “elección de objeto”— estará determinado por las vicisitudes del complejo de castración y su relación con el complejo de Edipo (véase FREUD 1923, 1924 y 1925a).

Pero lo que a nivel del tercer ensayo queda por fuera del primado de las zonas genitales es el *placer previo*. ¿Cómo explicar que el incremento de tensión, que el aumento de la excitación pueda ser placentero, y que en ciertos casos reemplace al placer de la descarga de productos genésicos? La oposición, se ve, retorna. Aquí se trata de la organización (fálica) de la pubertad versus “los peligros del placer previo”.

VI

De entre los mencionados “remiendos” que sufrió *Tres ensayos* en las sucesivas ediciones, los más importantes y numerosos son, sin duda, los de la tercera, de 1915:^{iv} allí se introduce ampliamente el problema del narcisismo —apenas mencionado en 1910—, se incluye la investigación sexual infantil y las teorías sexuales infantiles, que preanuncian el desarrollo de la lógica fálica, y aparece algo que complica un poco la oposición del segundo ensayo: organización y pubertad ya no son sinónimos, ya que existen las llamadas “organizaciones pregenitales”.^v Esto termina de diferenciar “sexualidad infantil” de “sexualidad de la infancia”, ya que en la infancia existe también organización, no hay pura anarquía pulsional. Por lo que la oposición sexualidad infantil versus sexualidad adulta no está referida a las etapas de la vida sino, en todo caso, a la oposición organización versus anarquía. Cualquier organización, montaje fantasmático o fijación ya no es pura pulsión parcial, ya la acota. La pulsión, como señalamos, nunca se presenta “en estado puro”, así como tampoco hay organización que subordine exitosamente a toda pulsión parcial.

VII

Más allá de los *Tres ensayos...*, este par de opuestos nos puede servir para leer otros momentos de la obra freudiana.

Así, por ejemplo, con la introducción del narcisismo se planteará la oposición entre el amor —la elección de objeto— versus la pulsión —el objeto parcial—. Esto puede pensarse tanto desde la serie autoerotismo - narcisismo - elección de objeto, (FREUD 1911, 56) como desde las “condiciones de amor” que marcan una elección, (FREUD 1910a) o desde la dificultad de Freud en *Pulsiones y destinos de pulsión* para incorporar al amor en relación a la pulsión: “somos reacios —escribe allí— a concebir al amar como si fuera una pulsión parcial de la sexualidad entre otras. Más bien querríamos discernir en el amar la expresión de la aspiración sexual como un todo...” (FREUD 1915, 128)

En 1920 la oposición adquirirá una dimensión estructural, ya que será planteada como la lucha entre el principio de placer y un más allá que le es ineludible, o, formulado de otra manera, como la mezcla (*Mischung*) entre Eros y pulsión de muerte. Eros, productor de unidades cada vez mayores, organizador, frente a la pulsión de muerte, disruptiva y traumática.

Incluso en la trama edípica, organizadora, pacificante y posibilitadora de una estrategia para el deseo, Freud se encuentra con las paradojas del superyó^{vi} que burlan, de alguna manera ese cometido, que atentan contra esa estrategia.

Si se nos permite encolumnar las diferentes formulaciones que venimos planteando nos encontramos con que, aunque no hay identidad entre los elementos encolumnados, queda establecida una relación entre los términos de cada fila que aparece como homóloga.

Opinión popular	“Ciencia”
Norma	Aberraciones
Sexualidad adulta	Sexualidad infantil
Diques	Pulsión parcial (empuje)
Organización (fálica)	Anarquía
Descarga de productos genésicos	Placer previo
Amor (elección de objeto)	Pulsión (objeto parcial)
Principio de placer	Más allá
Eros	Pulsión de muerte
Complejo de Edipo	Paradojas del superyó

VIII

Volviendo a *Tres ensayos...*, no se trata entonces de tomar partido en la oposición planteada por Freud: no se trata de plantear la “revelación” freudiana frente a la supina ignorancia del resto del mundo. No se trata de afirmar, por ejemplo, que por la postulación del más allá ya no se puede hablar de un principio de placer. Se trata, más bien, de *sostener* la oposición, porque eso mismo es la sexualidad humana. No hay pulsión sin dique, no hay acotamiento sin algo que no se encuadre en él, no hay eyaculación sin placer previo que la exceda.

Es la misma opinión popular la que sostiene la paradoja: “los que desmienten la sexualidad infantil —dice Freud— no cejan por eso en la educación, sino que persiguen con el máximo rigor las exteriorizaciones de lo desmentido bajo el título de «malas

costumbres de los niños»” (FREUD 1916-17, 285). La sexualidad infantil no existe, y es una mala costumbre.

La opinión popular tiene, podríamos decir, una *versión oficial* de la sexualidad. Pero se sabe que toda versión oficial supone —se diría que porta en sí misma— una *extraoficial*: trascendidos, rumores...

No se trata de hacer del rumor “la posta”, la única verdad. El mérito de Freud fue, seguramente, poner de manifiesto esa versión extraoficial, teorizarla, pero no para desconocer a la oficial, reduciéndola ingenuamente a una falsedad, o para oficializar a la extraoficial, sino para intentar someter a una legalidad a la oposición misma. Y es aquí donde reside, creemos, el planteo más original de los *Tres ensayos...* en relación a la sexualidad.

ⁱFreud jamás subestimó a la opinión popular. En rigor, la mayoría de las veces se puso de su lado en la discusión con la ciencia. El ejemplo paradigmático es el capítulo II de *La interpretación de los sueños*, donde desdeña lo poco que la ciencia pudo aportar a la comprensión del fenómeno onírico en comparación con la rica tradición popular. Otro de los raros textos en que él se ubica en la posición de “la ciencia” es *Psicoanálisis silvestre* (FREUD 1910b, 222), oponiendo su propia autoridad a la del “joven médico” que ofició de analista silvestre.

ⁱⁱPor cierto que ninguno de estos autores dudaba de que lo que describían, más allá de la valoración moral que hacían de ello, pertenecía al ámbito de lo sexual: no necesitaron que Freud se los dijera.

ⁱⁱⁱEs interesante que Freud describa en términos parecidos a los diques y a los “síntomas primarios” a los que se refiere en la época de la defensa (por ejemplo, “escrupulosidad de la conciencia moral”, “desconfianza”, “exteriorización del terror”) (FREUD 1896, 265, 267, 269). Los síntomas primarios constituyen la marca de la defensa, la consecuencia directa del hecho de la división del aparato.

^{iv}Las otras son: la segunda, de 1910, en donde se agregan fundamentalmente confirmaciones que casos como el del pequeño Hans aportan a la teoría; la cuarta de 1920, que incluye cuestiones como el complejo de Edipo, el complejo de castración, o las fantasías primordiales, así como citas de discípulos como Ferenczi, Abraham, etc, para ampliar algunos temas; y la sexta, la última en vida de Freud, de 1924, en donde modifica su posición con respecto al masoquismo, incluye algo de la doctrina de las pulsiones después de *Más allá...*, incluye la fase fálica, y hasta deja vislumbrar la posibilidad de tratamiento para la psicosis. (La quinta edición, de 1922, apareció sin modificaciones).

^vEl término fue introducido en 1913 (FREUD 1913, 341).

^{vi}“El psicoanálisis nos permitió conocer un estado patológico, la neurosis obsesiva, en que el pobre yo se siente culpable de toda clase de mociones malas de las que nada sabe, mociones que le son enrostradas en la conciencia pero es imposible que él pueda confesarse. En toda persona normal hay un poco de esto. Asombrosamente, su «conciencia moral» es tanto más puntillosa cuanto más moral sea la persona. Es como si imagináramos que un hombre es tanto más «achacoso» -sufre más de infecciones y efectos de traumas- cuanto más sano es.” (FREUD 1925b, 136).